

URBANISMO



AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Gran (y pacificado) de Sant Andreu. La calle mayor del barrio barcelonés de Sant Andreu cambiará de sentido de circulación en el tramo de la calle Malats a la plaza Mossèn Clapés a partir del verano del 2019, cuando acaben las obras de reforma del vial. Los vehículos circularán en sentido norte en este tramo pacificado.

La Generalitat se compromete a acabar los proyectos que quedaron pendientes de la ley de Barrios desde el 2009

Con diez años de retraso

DAVID GUERRERO
Barcelona

Los ayuntamientos ya habían tirado la toalla, daban por perdidos todos aquellos proyectos que se quedaron sin llevar a cabo de la ley de Barrios, que era uno de los proyectos estrella del tripartito de Pasqual Maragall.

El gobierno de Artur Mas cortó el grifo y los ayuntamientos se encontraron de repente con proyectos a medias que se vieron condenados a esperar tiempos mejores en algún cajón. Ayer, por sorpresa, el Departament de Territori i Sostenibilitat anunció que se ha ampliado el plazo de ejecución de todos aquellos proyectos que aún estaban pendientes de la ley de barrios del año 2009. El plazo había finalizado legalmente el pasado 30 de junio. Con la prórroga anunciada por la Generalitat se podrán llevar a cabo hasta el 31 de diciembre del 2019. El pago de la parte que corresponde a la Generalitat se negociará caso por caso.

La ley de Barrios, creada en el 2004, establecía un conjunto de proyectos de mejora en zonas urbanas necesitadas de actuaciones ur-

banísticas, sociales y económicas. Algunos barrios vivieron una transformación muy relevante con nuevos equipamientos, edificios rehabilitados e importantes actuaciones sociales. La financiación iba a medias entre el Ayuntamiento y la Generalitat en las ciudades de más de 10.000 habitantes. En los municipios con menos habitantes, el 75% del presupuesto salía de las arcas del gobierno catalán.

La falta de financiación del gobierno catalán obligó a dejar a medias mejoras urbanísticas en numerosos municipios

La falta de financiación dejó a medias los proyectos, aunque algunos ayuntamientos decidieron tirar adelante con recursos propios todo aquello que habían empezado. Lo pudieron hacer los ayuntamientos con un presupuesto más holgado, como Barcelona, Sabadell y Terrassa. El resto se quedaron con los proyectos empantanados. Los municipi-

os que ahora podrán finalizar las actuaciones —un total de 23— se reparten por todo el territorio catalán. Hay desde capitales de provincia como Lleida hasta pequeños pueblos como Arbúcies, Calafy Roda de Ter pasando por ciudades como Cornellà de Llobregat, Gavà y Reus.

La última convocatoria de la ley de Barrios fue la del 2010. Se acogieron 29 municipios y en menos de un año se cumplirá el plazo de ejecución. La Conselleria de Territori tiene previsto hacer lo mismo que con la convocatoria del 2009, concediendo una prórroga para poder llevar a cabo todo aquello que quedó pendiente.

Lo que no está previsto es abrir nuevas ayudas de este tipo en los próximos años. La alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, se lo solicitó sin éxito hace dos años a Carles Puigdemont y volvió a plantearlo en el primer encuentro con Quim Torra. La implicación a ambos lados de la plaza Sant Jaume permitiría doblar los 50 millones que tiene previsto invertir el Ayuntamiento este año en su plan de barrios propio, una iniciativa inspirada de manera clara y directa en el modelo de aquella ley de Barrios de Maragall.

Carlos Zanón



Las casas de los otros

Cuando acababan las clases acompañaba a mi abuela a hacer casas. Había algo mágico en tener las llaves de las casas de los otros. Entrar cuando los otros no estaban era como hacerlo dentro de un secreto. Recuerdo el trayecto en autobús. El ruido de la ida, la melancolía de los dos al volver. También el silencio de las casas de los otros, el sonido de las cerraduras al abrirse con las llaves de los otros. Entrabas despacio, lo cual demostraba que aquella no era tu casa sino la casa de otros y mostrabas respeto. También temor a que pudiera haber alguien y asustarle. O encontrarte a un fantasma. Un fantasma de los otros. Otras ausencias con sus ropas, relojes y fotografías en marcos de vivos y muertos. En las casas de los otros siempre parecía que estuvieras robando algo, profanando tumbas como en el Valle de los Reyes en esa época de tu vida en que los egipcios te fascinaban aunque acabases por ponerte siempre triste: con sus faraones niños, sus momias en museos británicos, tanta arena, tanto sol y tantas plagas.

Tenías en las casas de los otros la sensación que aquella familia había desaparecido a la carrera, desintegrada por una bomba de neutrones. Parecían las habitaciones tableros de un juego cuya partida se había debido interrumpir bruscamente. Las tazas del desayuno en la mesa de la cocina, la ropa sucia por el suelo de las habitaciones, los platos en la pica. Mi abuela siempre me indicaba que no tocara nada de los otros y que dejara todo como lo había encontrado. Su presencia estaba permitida, aunque debía venir a horas en que no fuera vista, cuando la casa de los otros estuviera sin esos otros. Pero el que yo estuviera allí era algo no del todo correcto. Recuerdo también los olores. Cada casa de los otros tenía un olor característico. Algunos eran agradables pero la mayoría simplemente eran especiales, distintos, imposibles en otro lugar que no fuera allí. Cada familia tiene su olor. De lo que come, de sus cuerpos y sus amputaciones. Me gustaba ponerme colonias y perfumes en las

Tenías la sensación de que aquella familia había desaparecido desintegrada por una bomba de neutrones

casas de los otros, cosa que molestaba mucho a mi abuela. Darte la llave de la casa de los otros era una demostración de una confianza que no se podía defraudar. La más mínima grieta a esa confianza hacía trizas el espejo. Coger algo de la nevera, utilizar cualquier utensilio, incluso jugar con los juguetes de los niños de los otros, no era correcto, según el estricto código de mi abuela, aunque te lo hubieran permitido los otros. A veces dejaban notas a mi abuela. Cosas que debía hacer: planchar o esmerarse más con los lavabos. Entraba yo en los dormitorios de los otros niños y veía las cosas que tenían: juguetes, libros, discos, todos los Tintín del mundo. Me tumbaba sobre sus camas e imaginaba cómo sería mi vida si perteneciera a esos otros. Uno se pasa la vida queriendo vivir la vida de otro, verse desde fuera y cuando lo consigues, de adulto, ya es demasiado tarde: te han cerrado con llave en la casa de otros.

QUICO JUBILATA
JL MARTÍN

